

Y es todo. ¿Habré perdido a otro amigo? Espero que no, pues me voy a quedar más sólo que Diógenes.

23 de julio de 1967

VIAJE DE UNA LARGA OBRA HACIA LA NOCHE

Sr. Eugene O'Neill
En algún lugar del cielo de Norteamérica
Presente.

Señor de toda mi consideración:

Seguramente usted apenas si escuchó hablar de mí durante su vida, y eso ocurriría cuando le fue otorgado el Premio Nóbel, porque usted debió investigar quiénes fueron los que le habían precedido en ese tan señalado honor que los suecos conceden anualmente, pero sólo sacó en claro que yo había sido un dramaturgo español de finales del xix y principios del xx, y estoy cierto que jamás leyó ninguna de mis obras porque no las consideró interesantes y porque, según creo, no han sido traducidas al idioma del Cisne del Avon. Sin embargo, me atrevo a enviar a usted estas mal pergeñadas líneas porque pude darme cuenta hace unos días, en la ciudad de México, que con el reestreno de una de sus más importantes obras teatrales, usted pertenece ya al pasado inmediato, que es uno de los peores castigos que tenemos que sufrir los artistas y al que ninguno puede escapar.

Todavía hace diez años, en 1957, cuando se estrenó en México su penúltima producción, o sea esta de *Viaje de un largo día hacia la noche*, el público la aclamó hasta el delirio y salió del teatro convencido de que usted era uno de los autores más atrevidos del mundo. (A mí me pasó igual cuando el estreno de mis obras tituladas *Dos fanatismos* y *El gran galeoto*). Pero en estos diez años Tennessee Williams escribió sus obras más atrevidas, y Arthur Miller y otros autores abordaron temas de mayor crudeza y por fin surgió Edward Albee, ante cuyas obras las de

usted, y hasta las de míster Williams, se ven anticuadas, pasadas de moda, sin importancia. Pero esté usted tranquilo, hombre, que también a míster Albee, se lo digo por experiencia, le sucederá lo que a usted y a mí. No hay nada peor que ser el pasado inmediato. Quizá dentro de cien años, o doscientos, nuestras obras vuelvan a tener su auge y a ser consideradas tan buenas como el día de su estreno. Debemos darle tiempo al tiempo y resignarnos.

Se me ocurrió escribirle esta carta porque mi espíritu que rondaba por el Teatro Sullivan de México esa noche del reestreno de su obra, escuchó a una actriz decir que “parecía un dramón de Echegaray”. No me ofendió, porque ya estoy acostumbrado; fíjese: casi cincuenta años de oír siempre lo mismo, desde la aparición de Jacinto Benavente, que fue quien me destronó, pero quien ya pertenece también al pasado inmediato. Juntos lo hemos comentado en estas regiones etéreas y nos hemos reído la mar. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que las obras de usted, o las mías, o las de Jacintito, sean malas. ¡Qué van a serlo, vamos! Pero las nuevas generaciones, las que nos suceden inmediatamente, así lo piensan, como lo pensaron de Shakespeare, de Molière, de Goldoni y de Tirso de Molina. Quizá peque de inmodesto comparándome con esos genios (usted sí merece la comparación), pero después de todo yo soy el Premio Nóbel de 1904, y ya sabe usted que eso como que es muy importante, al menos para algunas personas. De modo, Eugenillo de mi corazón, que a resignarse, no hay remedio, y su obra, que hace unos cuantos años fue tan importante para el teatro mundial, ahora, como su título, ha emprendido ya el “largo viaje hacia la noche”. Pero habrá un amanecer, como que se lo digo yo.

Los actores que interpretaron la obra de usted fueron, en los principales papeles, los mismos del estreno, y el mismo público que los aplaudió a rabiar en aquella ocasión, ahora pensó que uno de ellos estaba sobreactuando al grado de provocar la risa. Algo hay de cierto en esta opinión respecto del señor don Augusto Benedico, a quien me gustaría ver en alguno de mis dramas, que se prestan más a los gritos desaforados, a los ademanes grandilocuentes, a la voz temblorosa por la emoción, al movimiento de las manos agitadas como murciélagos, y a darse de bofetadas

a sí mismo. ¿Sabe usted que conté las cachetadas que se da él solo en los momentos culminantes de la obra? Fueron doce. Le deben haber ardido los carrillos al finalizar la función. Y no hay nadie que pueda dudar de las dotes histriónicas del señor Benedico, puesto que lo ha demostrado en otras ocasiones; sólo que ahora quiso estar tan bien, que se pasó de tal manera que llegó a “colgarse de las lámparas”, para usar una expresión de moda allá abajo, y no lo digo en sentido figurativo, ya que, efectivamente, tiene una escena donde para encender y apagar focos se “cuelga de la lámpara”. Es lástima que no les haya gustado a los espectadores esa noche, porque a mí me fascinó. Me recordó a don Fernando Díaz de Mendoza, quien estrenó casi todas mis obras, y a Emilio Thuillier, y luego a Armando Calvo y al otro Fernando Mendoza, sin el Díaz. El señor Benedico resucitó esa manera de actuar que había caído en desuso, junto con mis obras. Por eso le digo a usted que estaba yo encantado.

Doña Isabela Corona es una gran trágica, y recuerdo que estuvo genial la noche del estreno, pero ahora en la reposición se inhibió, tuvo miedo de sobreactuarse como sus compañeros, e hizo una madre drogadicta bastante tibia, sin fuerza dramática alguna. Lo contrario que el señor Benedico: el uno se pasó y la otra se quedó atrás. Falta de coordinación, que digo yo, o falta de dirección escénica. De cualquier manera, para el público asistente fue más de elogiar la labor de la señora Corona, quien sigue siendo una excelente actriz. Junto a los ya mencionados sobresale el jovencito Héctor Bonilla, que estuvo justo y medido a pesar de que la dirección trataba de llevarlo por el camino de mis obras. Muy bien la señorita Beltri en sus breves apariciones, y mal, muy mal, el señor Sergio Jurado. ¿Cómo estaría de exagerado, de falso en sus tonos y actitudes, que ni a mí me gustó?

Pero no trate usted de echar la culpa a los actores y a la dirección, que si es verdad que anduvieron desacertados, también lo es que su obra ya no interesa a nadie... al menos por el momento. Con el LSD, con la fibra del plátano, con el *thiner*, con la *canabis indica*, con la $C_{17}H_{21}NO_4$, y con tantas pastillitas que se venden en las farmacias sin prescripción médica alguna, la droga que usted retrata ya no asusta a nadie. A su obra le pasa lo que a *Espectros*, de Ibsen. Con los antibióticos los Osvaldos

han dejado de existir. Pero no se preocupe, le repito; únase a nosotros, los del pasado inmediato, y esperemos en una blanca nube nuestro renacimiento.

Reciba un cordial (en el sentido de reconfortante) abrazo de su colega y admirador:

José Echegaray

30 de julio de 1967

MUCHA ÓPERA Y NADA DE CANTO

El día 6 del presente mes asistí en el lujoso Teatro Hidalgo a una función de ópera, pero en ella pude advertir lo contrario que aquel fuereño del siglo XIX que por vez primera venía a la capital y asistió al espectáculo de que tanto había oído hablar. Cuando al salir le preguntaron qué le parecía, contestó desdeñosamente: “mucho canto y nada de ópera”. Para mí, digo, la función del Teatro Hidalgo fue a la inversa: “mucho ópera y nada de canto”. Claro está que yo no esperaba escuchar románticas arias y dulces dúos, puesto que bien sabía que Dolores del Río nunca cantó en la Scala, ni López Tarso en el Carlo Fenice, ni Narciso Busquets en el Tacón, y lo que esperaba entonces, era ver una obra de teatro. ¡Gran desilusión la mía! Me dieron una ópera, pero sin canto.

Al terminar el primer acto busqué con avidez el programa, ya que creí haber leído mal el nombre del autor, y que en vez de Ugo Betti, fuese Felice Romani o Eugene Scribe, los grandes libretistas de ópera que surtían a los compositores del siglo pasado, y que eran como los Fernández Unsáin de nuestra época. Pero no, se trataba efectivamente de una obra original de Ugo Betti intitulada *La reina y los rebeldes*. ¿El mismo autor de *La Isla de las cabras*, pieza prohibida por nuestra censura? Sí, el mismo. Misterios de la Madre Naturaleza.

Si el autor fuese alguno de los ilustres argumentistas del cine mexicano, sería más honesto, puesto que hubiese titulado su obra